

do ver de cuando en cuando chispas de fuego que sacaban las herraduras de las mulas, ó visiones claras que formaban los que iban embozados en jorongos blancos; el aire sacudía con furia la copa de los árboles, que formaban raros acentos como de un concierto mortuorio; muy en el fondo se oían los ladridos de los perros, y se veían las luces del pueblecito aparecer y desaparecer como los fuegos fatuos de un cementerio: y, cosa rara, de aquella visión de muerte no salían los aullidos lúgubres del sepulcro, sino alegres conversaciones de los caminantes que veían cerca el lugar de descanso, y risotadas francas de los soldados.

Lo desfiladeros de la Sierra de Durango son sin duda más hermosos y más peligrosos que los de los Alpes: mucho se ha celebrado á Napoleón haber atravesado con artillería estos últimos, y sin embargo, nada más común entre nosotros que atravesar los de la Sierra con piezas de grueso calibre: hemos visto en Mazatlán una batería de á 24 llevada de Durango á la playa por aquellos desfiladeros.

Para que el lector pueda calcular su profundidad, nos bastará decir que aquel vertiginoso caracol está dividido en tres tramos que forman tres gigantescos escalones, que harían inventar la fábula de los Titanes si no estuviera ya inventada; y que el último que cubre el pueblecito del Durazno, y que es el único que desde él se ve, es tan alto, que en la noche las antorchas que llevaron unos guías que mandamos á alumbrar el camino á nuestros compañeros de viaje que se habían retardado, nos parecían estrellas que alumbraban en lo más alto del cielo.

La bajada es tan rápida, que al caer la tarde estábamos tiritando de frío en lo más alto de la Sierra; y tres horas después, nos hallábamos en plena tierra caliente en la primer cañada de la costa.

ALFREDO CHAVERO.

SIERRA DE PACHUCA.

ATOTONILCO EL CHICO.

¡Cuán agradable, risueño y pintoresco es el lugar en que se asienta el Mineral del Chico! La topografía del lugar y la vegetación primaveral que allí se manifiesta eternamente, ofrecen al naturalista un campo vasto para sus estudios.

Atotonilco el Chico se encuentra á tres leguas al Norte de Pachuca; y desde el momento en que el viajero sale de este punto con dirección al primero, empieza á experimentar las sensaciones más agradables. No existe entre ambos lugares una vía que merezca verdaderamente el nombre de camino, pues solamente un estrecho sendero cruza por entre precipicios y desfiladeros que á cada paso infunden temores y sobresaltos aun al viajero más animoso, y que sólo lo pintoresco del lugar puede inspirarle el valor necesario para proseguir en su anhelado viaje. Adelántase el sendero por la muy inclinada falda del cerro de la Magdalena; y si bien su ascenso es cada vez más peligroso, ofrece, en cambio, la oportunidad de poder admirar más libremente las gigantescas obras de la naturaleza.

El acompasado y lejano ruido de las máquinas de vapor, y el que produce el martilleo incesante de los morteros en las haciendas de beneficio; el sonido confuso causado por el choque de las cadenas destinadas á las obras de desagüe; el rechinar de los

malacates, el estrépito del agua empleada como fuerza motriz, y el retumbante estruendo de la pólvora en las concavidades de las minas, no producen, ciertamente, las bellas armonías de la música ni del canto de las aves: mas aquel conjunto de sonidos inarmónicos, aquellas disonancias, hieren, sin embargo, de una manera grata el oído del viajero, porque esos sonidos son la voz del trabajo, cuyos ecos, conducidos velozmente por el viento, pregonan por todas partes los triunfos de la industria.

Allí todo es movimiento: en los tenebrosos antros de la tierra, miles de trabajadores se afanan por arrancar á ésta los tesoros que guarda en sus entrañas, mientras que exteriormente las máquinas de vapor, con el movimiento uniforme de sus balancines, hieren con su varilla maestra la dura corteza de la tierra para extraer el agua que, brotando á torrentes por los vertideros, forma después arroyos cristalinos: véñese girar las poderosas ruedas hidráulicas con pausado movimiento, comunicándolo á los morteros y arrastras: grupos de acémilas en los patios de las haciendas de beneficio recorren en círculo las *tortas* minerales que cubren el suelo simétricamente: los pequeños carros que conducen el metal, deslizándose por una vía férrea, aparecen súbitamente por los socavones de las minas; y por último, la misma naturaleza parece que lucha contra la destrucción decretada por los consumidores de leña, porque allí mismo, donde se ven derribados, y muchas veces inútilmente, hermosos y corpulentos árboles, brotan los renuevos, como si la naturaleza tratase de enseñar al hombre un gran principio económico, que por negligencia abandona.

Poco más allá del cerro de la Magdalena, el ruido que nace en la industriosa población de Pachuca, llega al oído como un vago rumor que, debilitándose más y más, acaba por extinguirse completamente: entonces el silencio de las soledades, la quietud de las selvas, se enseñorean de esos amenos lugares; silencio y quietud que sólo son interrumpidos de vez en cuando por los golpes del hacha del leñador, por el soplo impetuoso de los vientos, ó por el fragor de las tempestades.

Desde el desfiladero de una gran eminencia, en el fondo de una barranca, y rodeado de reducidas tierras de labor, descúbrese el pintoresco pueblo de Cerezo, cuyo conjunto, por la distancia, aparece como un paisaje en miniatura.

En lo más fragoso de la sierra se encuentra un pequeño llano cubierto de césped y matizado de flores, como un rico tapiz que ha tendido allí la naturaleza. Ese llano de corta extensión y cercado de altas montañas, que se conoce con el nombre de *Sabanilla*, con su verde alfombra y sus lípidas corrientes, incita al viajero á descansar de sus fatigas y á mitigar su sed. A la derecha de este pequeño Edén, se levanta majestuosa la cresta de la sierra con una forma caprichosa: parece que la mano de un hábil artista ha colocado en la cumbre de la montaña las rocas que la coronan, con arreglo á las precisas reglas de la arquitectura. Una serie de huecos é intersticios, formados por el hacinamiento natural de las rocas, hace dudar, al pronto, de que aquello sea obra de la naturaleza, á no revelarlo la poca simetría, que es lo que constituye esencialmente lo sublime en las grandes obras de la naturaleza. Esta cumbre se conoce con el nombre de *Ventanas del Chico*.

Bellos, majestuosos, sublimes se presentan los variados paisajes que por todas partes se dibujan en el fondo de un cielo purísimo. Contéplase en primer lugar la sierra de Pachuca, con sus cumbres de formas caprichosas; el Zumate, el Jacal y los Pelados ó Navajas, la Peña del Aguila, las Peñas coloradas, las Brujas y el Ahuizote; las que circundan el Mineral del Monte; los Jaspes, la Peña Alta y otras de menor importancia; pero sobre todas descuella la aglomeración de peñas llamadas *las Monjas*, al S. O. del Chico, y que aparecen á lo lejos como un grupo de estatuas.

Al Noreste, terminando la sierra de Pachuca, se extienden las llanuras de Atotonilco el Grande, limitadas al Norte por la gran barranca de Metztlán, que es un prodigio de la naturaleza. Dibújase aquella barranca en el término de la llanura, sin que la vista pueda abarcar toda su longitud, y en vano se esforzaría la

imaginación por hallar la causa de aquella obra sorprendente. La sierra alta de Zacualtipán, más allá de la barranca, cierra el horizonte de tan bello paisaje.

Las feraces campiñas que se distinguen á lo lejos, que con sus cimas llegan hasta la región de las nubes; las vastas llanuras que se dilatan perdiéndose en el horizonte, todo desaparece ante el nuevo espectáculo que ofrecen las montañas de Actopan con sus gigantescos monolitos.

Hacia el Occidente, en medio de frondosas selvas, se extienden las campiñas de Actopan. Los cerros que por el S. E. circundan á esta población, cubiertos de árboles y plantas, sustentan en sus cimas aquellas rocas colosales de pórvido, aquellos monolitos, de los que algunos alcanzan á cien metros de elevación, y que aparecen como estatuas gigantescas ó como soberbios edificios, verdaderas maravillas del arte ó de la arquitectura.

El aspecto que tales obras naturales presentan, varía con el lugar de observación elegido: desde el camino de México al Interior, se distinguen como un grupo de estatuas representando monjes en oración, motivo por el cual se les da el nombre de *los Frailes*. Cerca de Actopan, se ven clara y distintamente los monolitos, irguiendo sus moles gigantescas y rasgando con sus picos elevados las nubes, que impelidas por los vientos llegan á chocar contra sus masas. Más grandioso, más sorprendente es el aspecto que presentan, observadas desde las llanuras y montañas de Pachuca: uno de aquellos monolitos, y de los más voluminosos, descuella dominando á los demás, y otros dos á los lados de éste, y en posición más avanzada y simétrica, figuran la cúpula y las dos torres de un templo cristiano. La ilusión es completa: el viajero llega á creer por un momento que viaja por Inglaterra, y que acercándose á Londres distingue ya próxima la famosa catedral de San Pablo.

Variado y de otro género es el paisaje que se extiende por el Sur: llanuras interrumpidas por algunas sierras cuyos accidentes y detalles se dibujan perfectamente; lagos que bañan con sus aguas una gran extensión de terreno, y los cuales, vistos desde

el declive de una montaña al descender á la llanura, producen la ilusión óptica de límpidos espejos verticales; montañas gigantescas que por partes rodean esas campiñas, y que á medida que más se alejan aparecen medio veladas por la bruma, asomando resplandecientes en el último término del paisaje las nevadas frentes del Popocatepetl y el Iztaccihuatl. Tal se ve el pintoresco Valle de México.

Prosiguiendo la excursión por la sierra de Pachuca, interrumpida por algunas horas, á causa de la contemplación de los otros lugares descritos y de que no se puede prescindir, el camino de Pachuca al Chico presenta sin interrupción objetos admirables: ya son los accidentes de aquel fragosísimo suelo; ya la selva umbría con sus aves canoras de esmaltados plumajes; ya las rocas caprichosas que coronan las cimas de los montes; ya el aspecto que ofrece el Mineral del Chico, que surge de pronto en el fondo de una deliciosa cañada.

Desde el momento en que se comienza á descender por el fuerte declive de la montaña, se descubre el caserío diseminado en un suelo fragoso, los huertos y jardines que rodean las habitaciones, y en posición dominante el templo de orden dórico, con su elevada cúpula. Un límpido arroyo que va á unirse al río de las *Adjuntas* pasa serpenteando por la población y poniendo en movimiento con el impulso de su corriente la maquinaria de la hacienda de San Cayetano. Las montañas que circundan completamente la población, se hallan, en su totalidad, vestidas de una vegetación lozana, dominando entre las plantas los oyameles, que, con sus graciosas copas de figura cónica, se destacan unas de otras con cuanta simetría puede haber en las obras de la naturaleza, y se escalonan desde la base á la cima de las montañas. Brotan de las eminencias raudales de agua, que en su caída chocan y saltan de peña en peña, produciendo un sonido armonioso, se abren paso al través de un rico cortinaje de plantas y de flores silvestres y fecundizan la cañada de San Diego, sitio de los más pintorescos, en donde la pródiga naturaleza ostenta eternamente su espléndido ropaje primaveral. Allí los árboles

corpulentos con sus nudosos troncos cubiertos de lama y plantas parásitas; el agua que juguetea multiplicando sus corrientes para encajonarse después en su cauce, acariciando con su espumosa linfa las exquisitas flores de un verde prado, y las variadas aves y mariposas que vuelan de rama en rama y de flor en flor, todo forma un bello conjunto, imagen fiel del paraíso perdido, que inmortalizó Milton con sus cantos.

Si por su buena suerte llega á presenciar el viajero alguna de aquellas escenas conmovedoras, tan frecuentes en aquellos lugares, que tan favorablemente predisponen el alma para recibir gratas sensaciones, nace la inspiración y se desea el genio del artista para trasladar al lienzo sus impresiones, ó el numen del poeta para cantar las maravillas de la naturaleza. La imaginación más atrevida apenas puede forjar un cuadro como el que tuve la dicha de presenciar, y del que me permitiré hacer un pálido bosquejo.

Éra una noche de invierno, muy cerca ya la época del plenilunio. En un cielo diáfano y sereno la luna derramaba sus vívidos fulgores por toda aquella espléndida naturaleza: el curso y movimiento de las cascadas se hallaba interrumpido por la congelación del agua, la cual, herida por los resplandores del astro, suspendía sobre el abismo las yertas masas de sus cristales, ó serpeaba por los declives de las montañas como ricos filones de plata virgen. Iluminado el interior del templo, de sus ventanas se desprendían los rojizos rayos de la luz artificial, contrastando con la blanca y apacible luz de la luna. El repique de las campanas, cuyos ecos repetían las montañas, anunciaba un acto religioso. En efecto, los trabajadores de las minas y algunos niños y ancianos, con cirios encendidos y entonando cánticos de alabanza, salían del templo con el mayor recogimiento, precediendo á un sacerdote que conducía el sagrado Viático. Siguiendo la procesión por las asperezas del suelo, se detuvo pocos instantes en un lugar, cual si hubiera sido intencionalmente el elegido para presentar en toda su majestad aquel cuadro conmovedor.

En ese momento la luna había llegado al punto más culminan-

te de su carrera, desprendiendo con mayor intensidad sus rayos luminosos. La tersa superficie de las hojas de los árboles, la linfa cristalizada de los ríos, los inclinados techos de las casas, las montañas y el suelo, todo reflejaba la argentada luz de aquel astro, y no se veían más sombras que las que proyectaban las plantas ó la que producía, de una manera indecisa, el humo del incienso y de las antorchas, el que, como las plegarias de los hombres, se eleva al estrellado firmamento. ¡Cuadro admirable, lleno de belleza y de unción; poético y pintoresco para el artista, sublime y arrobador para el creyente!

Aquella procesión continuó su marcha para llevar los consuelos de la religión al moribundo, y regresó al santuario. Algunos instantes después todo se hallaba sumergido en la más completa calma y silencio: sólo el tiempo, por el indefinible sendero de los siglos, y el esplendente astro de la noche por su camino sembrado de estrellas, prosiguieron cumpliendo con las irrevocables leyes de su destino.

El recuerdo de aquella hermosa noche vivirá eterno en mi alma.

ANTONIO GARCÍA CUBAS.
